

VIETNAM

UN mes antes de que se cumpliera el XX aniversario de la bomba atómica de Hiroshima, un gran número de periódicos en todo el mundo, y de oradores políticos, han comenzado ya a conmemorar la fecha y a regocijarse de que la sabiduría —más bien, el miedo— de las civilizaciones en el poder, haya podido mantener este largo plazo de veinte años sin emplear el arma, a pesar de que las vicisitudes políticas y las tensiones militares ocurridas hayan sido graves en muchos momentos. Esta conmemoración se hace con impaciencia, con prisa: como si en el fondo de su subconsciente los comentaristas temiesen que no se pueda llegar al aniversario cronológico —el 6 de agosto— sin que un nuevo ataque atómico venga a turbar la situación. Algunos comentaristas creen que la larga contención de la URSS en la situación planteada en el Vietnam la ha llevado a una pérdida de prestigio tal entre los países del tercer mundo y entre los movimientos comunistas no rusos que, para recuperarlo, tendrá forzosamente que realizar una acción directa y violenta, y que esta acción tendrá que ser respondida —si se mantiene la idea de la escalada— con un bombardeo atómico americano. «Los militares rusos a quienes Khrushchev había separado del poder vuelven a levantar la cabeza; afirmando que la política prudente de Kossyguin y Brejnev en el Vietnam debilita la autoridad de la URSS en el campo comunista, se pronuncian por un crecimiento de la ayuda a Ho Chi Minh». Así escribe Bernard Lefort en «Paris Jour» y, haciendo concesiones al sensacionalismo habitual en dicho periódico, considera que podemos esperar «en el último momento» que los dos «grandes» renuncien a desencadenar el «cataclismo mundial». Donald Wise, corresponsal en Saigón del «Daily Mirror», es más directo en su pronóstico al referirse a la escalada: «Supone —la escalada— el aumento de la acción militar, paso a paso, hasta que China o Rusia, o las dos, entren en la guerra y, como cada vez parece más y más verosímil, los americanos usen la bomba atómica».

Si dejamos los periódicos populares y sensacionalistas y nos vamos a buscar mejores fuentes en las publicaciones militares americanas nos encontramos que también en ellas se especula —esta vez, con frialdad científica— con el empleo de la bomba. Parece ser que la única duda que existe hasta ahora para su empleo es la de saber cuál sería la reacción soviética a un bombardeo sobre las zonas industriales de China, sobre las recientes instalaciones atómicas chinas. Algunos expertos creen que la URSS se limitaría en ese caso a una enorme ola de protestas verbales, pero que en el fondo estaría satisfecha de ver la destrucción militar de quien puede ser su enemigo futuro; otros, por el contrario, entienden que la URSS consideraría como definitivamente perdido su futuro si no reaccionaba, y que la guerra mundial quedaría desencadenada. La conclusión real que puede obtenerse es que a los Estados Unidos no les interesa de ningún modo una guerra mundial, aunque tuviesen la seguridad de ganarla —sus pérdidas en ese caso serían tales que nunca volverían a ser el gran país que conocemos hoy— y que, por lo tanto, no empleará la bomba atómica más que si tiene la seguridad de que el conflicto desencadenado por esa acción se reduce a límites puramente locales y fuera del perímetro nacional. El peligro está en los errores de cálculo. No puede decirse que hasta ahora los americanos hayan acertado mucho en sus cálculos políticos y militares: un error no puede ser excluido.

Uno de los más llamativos errores de esta época es el de la llamada «escalada». Ninguno de los efectos calculados por el incremento de la presión militar en la península indochina se ha producido hasta ahora. El uso del «napalm» y de los gases, los bombardeos del Norte, los cañoneos desde el mar, no han conseguido variar el carácter de la guerra de guerrillas, que es como una lluvia pertinaz, continua, incesante. No han conseguido tampoco provocar un intento de negociación o de paz: todas las misiones más o menos oficiosas, más o menos privadas, han fracasado hasta ahora. «El Vietcong no quiere

GABERNET



vacaciones...
viajes...

BIC será siempre
su mejor compañero



LA FOREST, S.A. BARCELONA



Delial®

brinda un bronceado
más bello, más rápido,
protege más

con *Delial* puede Ud. permanecer
mucho más tiempo al sol.

con *Delial* por lo tanto se bronceará
en menos días.

con *Delial* científicamente preparado,
logrará un rejuvenecimiento de su piel.

Delial se presenta en
tres formas



CREMA SOLAR



ACEITE SOLAR



ESPUMA SOLAR

UN PRODUCTO



Y LA BOMBA ATÓMICA

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

oír hablar de paz por una buena razón: está ganando», escribe el antes citado Donald Wise, desde Saigón. Esta es la realidad: está ganando. El efecto de la escalada ha sido precisamente el contrario al previsto por sus autores; contra todas sus previsiones y todos sus deseos, los Estados Unidos han tenido que tomar la dirección personal de la guerra, arrebatándosela a los débiles y desmoralizados gobernantes de Saigón; contra las ideas de los más ágiles consejeros militares, contra las advertencias de quienes conocen bien la guerra del Sudeste asiático —los franceses, que fueron sus primeras víctimas— los Estados Unidos han tenido que comprometerse a luchar en tierra, aumentando continuamente el número de sus soldados y comprometiéndose así a una gran catástrofe. Esta situación podría explicar la falta de reacción soviética: la URSS no interviene porque no es necesaria su intervención. En cuanto a la pérdida de prestigio soviético, puede ser un simple problema de óptica occidental. Si la URSS pierde prestigio por no intervenir, los Estados Unidos pierden más por intervenir. Primero, por el hecho de la intervención en sí, condenada en el «tercer mundo» y en Europa, y también en el interior del país —la más resonante protesta de estos últimos tiempos ha sido la de Robert Kennedy; y Adlai Stevenson, representante de los Estados Unidos en la ONU, estaba, según parece, a punto de dimitir de su cargo, por no aceptar la política de su país, cuando la muerte le sorprendió en una calle de Londres, a principios de la semana pasada—; segundo, por el espectáculo de ver cómo el país más poderoso del mundo no es capaz de dominar una guerra local en la que es evidente que no hay participación soviética, ni está claro que la haya china. Puede ser que este punto muerto —o negativo— de la guerra se deba principalmente a la doctrina militar empleada, esto es, a la escalada. El más reciente crítico de esa doctrina es el italiano Augusto Guerriero en el «Corriere della Sera» (Milán, extrema derecha), que escribe lo siguiente: «La doctrina de la «escalation» es la doctrina estratégica más absurda que se haya elegido jamás. Un país que afronta una guerra —sea clásica, o una guerrilla de tipo colonial, o un conflicto atómico— debe actuar desde el principio empleando el máximo esfuerzo; porque, cuando se hace la guerra, es necesario no sólo proponerse ganarla, sino también ganarla lo antes posible. Comenzar con un esfuerzo mínimo y, después, si el enemigo resiste, aumentar un poco más, significa prolongar la guerra; y el esfuerzo largo será forzosamente mayor y más penoso que el esfuerzo intenso pero breve. Sin contar con que, si la guerra dura largo tiempo, las probabilidades de perderla aumentan, y si se vence, ganarla será casi tanto como perderla. Esta doctrina estulta ha hecho ya un enorme mal en Europa, por cuanto ha sacudido las bases de la Alianza Atlántica. De Gaulle ha podido, con fundamento, sostener que América, desde que profesa esta doctrina, no defiende ya a Europa». Difícilmente podrán encontrarse palabras con más sentido común para describir los vicios de la «escalada», aunque no tengan en cuenta las limitaciones políticas puestas a la acción militar.

Todo hace suponer que la caída del general Maxwell Taylor esté en relación con el fracaso de la «escalada». Pero esta suposición está viciada. En primer lugar, porque la escalada tiene tres firmas conocidas: la de Taylor, la de McNamara y la de Johnson, y estos dos últimos no parecen haber cambiado hasta ahora su doctrina. McNamara ha hecho, en cambio, un nuevo viaje a Saigón —después de una ola de detenciones en la capital para conservar su seguridad— con objeto de recrudescer el esfuerzo de guerra; y Johnson, a quien en un tiempo se acusó de excesivamente silencioso pero que ahora pronuncia discursos continuamente, no ha cesado de hacer declaraciones en el sentido de que la presión militar graduada va a continuar. En segundo lugar, el hecho de que Taylor haya sido sustituido por un civil no indica un debilitamiento de posiciones, porque Cabot Lodge es más enérgico aún que Taylor. El hecho de que Cabot Lodge

sea un republicano le define ya como un partidario de la política de fuerza —aunque lo sea menos que Goldwater, a quien se opuso en la última campaña presidencial; o lo sea de una forma más intelectual, más académica—. Unas recientes palabras de Cabot Lodge le definen: «Estamos en el Vietnam porque nos lo ha pedido el Gobierno de Saigón; nuestras relaciones con ese país no están modificadas por las peripecias políticas de Saigón. El asunto no concierne ya solamente a los vietnamitas, sino también a los Estados Unidos. Podría ocurrir que estuviésemos obligados a quedarnos allí, incluso si se anulase nuestra invitación. Es de un interés vital para los Estados Unidos impedir el acceso de esta región a los comunistas. Por eso sería razonable que no tuviéramos en cuenta una invitación para marcharnos, que se produciría por la llegada al poder de los comunistas por medios indirectos». Puede contrastarse esta idea con otra expresada, al mismo tiempo, por Taylor. Cuando un periodista le preguntaba que harían los americanos si un Gobierno de Saigón les pidiera que se fuesen, Taylor respondió «Nos iríamos. Y rápidamente» (frases citadas por Oliver Todd en «Nouvel Observateur»).

Puede pensarse que Taylor ha tenido que irse de Saigón no por el fracaso de la doctrina de la escalada, de cuya ejecución era responsable, sino porque ha advertido que esta doctrina ha fracasado y que no podía llevarse adelante, y en esta advertencia ha chocado con el tandem Johnson-McNamara, que no han sido capaces de evolucionar a tiempo. Y es dudoso que puedan evolucionar. Uno y otro han comprometido su personalidad en esta guerra. McNamara, por obligación: porque es el ministro de Defensa. Johnson, porque cayó en una trampa diabólica. Johnson creyó —o le hicieron creer quienes le elevaron al poder— que la guerra del Vietnam estaba podrida por la debilidad de Kennedy, que se perdía por la falta de una política de fuerza. Johnson soñó con un alarde de energía que le permitiera acabar con la pesadilla vietnamita y entregarse a la construcción de su «gran sociedad» para saltar desde ahí a la Historia con la que se había encontrado de pronto, al final de su vida humana y política, como consecuencia del asesinato de Dallas. Si pudo estar contenido hasta las elecciones, después de ellas trató de dar ese gran salto hacia la gloria; y se quedó en el aire. El sonriente político tejanero se convierte cada día más en un César. Acapara poder; corta el diálogo. Hace poco un senador (Frank Church, de Idaho) le manifestaba su adhesión a la doctrina del comentarista político Walter Lippman, que preconizaba una solución negociada a la crisis del Vietnam, y Johnson le respondió: «Pues pídale usted a Walter Lippman los puentes y las carreteras que necesita su circunscripción». Esta amenaza de suprimir la ayuda federal a los representantes de los Estados que se manifiestan en oposición de su política extranjera ha caído como una bomba entre los defensores de las estructuras democráticas y ha sido más desafortunada aún que la siniestra alusión a la mecedora de Kennedy. «Jamás Presidente americano alguno, desde Andrew Jackson —escribe Georges Andersen en «Combat»— no había acumulado semejante suma de poder personal. Hasta el punto de que los Estados Unidos están a punto de perder su carácter de república constitucional para revestir el de un reino absoluto gobernado por un soberano electo».

Este es el peligro de la situación mundial: la desarmonía, la contradicción entre el cesarismo triunfalista de Johnson y sus íntimos colaboradores y padrinos, por una parte, y la situación militar y política real. Hay que temer que Johnson llegue a cualquier extremo con tal de no perder la imagen que se ha creado de sí mismo.